

religión y paz. luces y sombras de una relación

Juan José Sánchez

Introducción: La oscura relación entre religión y paz

Vivimos una situación de grave amenaza para la paz. Grave, porque se está poniendo en peligro la supervivencia misma de la humanidad. Y, más grave aún, porque la defensa y seguridad de esa supervivencia se monta sobre la miseria y la muerte de los pobres de la tierra.

En una situación así, casi no hay tiempo para pensar y reflexionar —porque la paz apremia. Y sin embargo, debemos hacerlo, si amamos la paz. La relación entre religión y paz está muy clara para muchos creyentes. La religión, cuando es auténtica, y el cristianismo en particular, sólo pueden querer la paz. Pero ya el hecho innegable del pluralismo de posturas cristianas ante este tema nos debe hacer pensar. Y mucho más aún debe hacernos pensar la extraña cercanía entre **religión y violencia** a lo largo de la historia hasta nuestros días, en los que las guerras, como las fiestas, se han desacralizado. También en nuestros días, como acertadamente afirmaba J. COMBLIN, «la religión es la mejor razón para hacer la guerra» ¹.

Las relaciones entre religión y paz, religión y violencia son muy complejas, muy ambiguas y hasta sospechosas. Ello ha llevado a un pensador español a la conclusión de que «la religión sirve para todo, y por eso no sirve para nada» ². Sin aceptar del todo esta conclusión, pienso, sin embargo, que nos invita a reflexionar con serenidad sobre esa relación ambigua y sospechosa.

En este trabajo trato de esa relación. No de la relación entre cristianismo y la paz, sino entre la religión, en general, y la paz, religión y violencia. Porque la paz y la violencia afectan no sólo al Cristianismo, sino a todas las religiones, a la experiencia religiosa en general. Y al revés, no solo el cristianismo, sino todas las religiones tienen una grave responsabilidad en la tarea de la paz. Es preciso, hoy más que nunca, que las religiones dialoguen, como las culturas, para hacer posible la paz,

(1) J. COMBLIN, *La guerra y el derecho de legítima defensa*: Concilium 184 (1983) 92.

(2) M. A. QUINTANILLA, *A favor de la razón*, Taurus, Madrid 1981, 70 s.

más allá de la hegemonía violenta de los bloques³. Y para ese diálogo es preciso que meditemos en la verdad, en la **lógica** de la experiencia religiosa y su relación compleja con la violencia y con la paz.

I. LA LOGICA DE LA RELIGION: LOGICA DE LA PAZ

1. La verdad de la religión

La raíz y el meollo de la religión, de **toda** religión auténtica, es una **experiencia profunda** que marca la vida entera de los hombres creyentes. La religión no es algo externo, superficial (ritos, normas, doctrinas ...), sino algo profundo que afecta a toda la persona. La religión es una actitud global, una forma de estar en el mundo y de vivir la vida⁴.

Esta experiencia profunda tiene dos momentos esenciales, que también se dan en todas las religiones auténticas. Se trata, en primer lugar, del **reconocimiento** o **encuentro** con una Realidad que desborda nuestro mundo y nuestra vida, todo cuanto podemos decir y soñar, y que por eso los hombres le hemos dado muchos nombres: porque todos le vienen estrechos. "Dios" la denominamos nosotros, pero en Oriente se inclinan más a callarse para no mancharla. En todo caso, esta Realidad misteriosa que nos desborda es la Realidad más profunda y radical, la Realidad que da fundamento y sentido a toda la realidad, al mundo y a la vida de los hombres. Por esta razón, esa Realidad es adorada y venerada por los hombres religiosos como el único Absoluto. El segundo momento de la experiencia religiosa está íntimamente ligado a este primero. Y consiste en vivir la presencia o el encuentro con esa Realidad última y misteriosa como plenitud y sentido de la vida humana y de toda la realidad. Esta experiencia de plenitud nos desborda también, por eso los hombres le hemos dado muchos nombres, pero en todos se quiere expresar la realización del ansia, de la esperanza de **salvación**, de felicidad. La paz es otro nombre para esa plenitud.

Y bien, esta experiencia religiosa, ¿en qué medida es fuente y fundamento de la paz?

-
- (3) Cfr. E. MORIN, *Para salir del siglo XX*, Kairós, Barcelona 1981, 251 ss. Desde una perspectiva más amplia, no teológica: R. GARAUDY, *Appel aux vivants*, Seuil, París 1979, ID., *Pour un dialogue des civilisations*. Desde la teología crítica europea, J. B. METZ, *Más allá de la religión burguesa*, Sígueme, Salamanca 1982, 25-39. Desde la teología del Tercer Mundo se pide ya una "teología planetaria": T. BALASURIYA, *Planetary Theology*, Maryknoll, New York 1984.
- (4) De la inmensa literatura sobre la experiencia religiosa pueden consultarse sobre todo: J. MARTIN VELASCO, *Introducción a la fenomenología de la religión*, Cristiandad, Madrid 1979; LL. DUCH, *La experiencia religiosa en el contexto de la cultura contemporánea*, EDB, Barcelona 1979; X. PIKAZA, *Experiencia religiosa y Cristianismo*, Sígueme, Salamanca 1981.

2. La lógica de la religión auténtica

a) *La religión respeta la dignidad de la realidad*

En primer lugar, la religión es una experiencia que nos hace ver toda la realidad, el mundo y los hombres, de manera distinta. La auténtica experiencia religiosa no nos aleja de la realidad, sino que nos descubre más bien toda su profundidad. La realidad toda, el mundo y los hombres, adquieren en la experiencia religiosa una dimensión de hondura y dignidad que expresamos cuando decimos: esta realidad es sagrada, la dignidad del hombre es sagrada ...

La auténtica experiencia religiosa nos hace así descubrir que toda la realidad tiene una **dignidad** intocable, que no podemos dañar ni manipular, que no podemos reducir a objeto de nuestro dominio y mucho menos destruir. La auténtica experiencia religiosa se da, por tanto, en una actitud de **profundo respeto** ante toda la realidad. Y en este sentido, es una actitud radicalmente **pacífica, ecológica, humana**⁵.

b) *La religión se da en la solidaridad*

Esta experiencia de la dignidad o profundidad de toda la realidad es tan importante para la religión, que sin ella no se da la auténtica experiencia de la Realidad trascendente. El encuentro con la Realidad trascendente no se da, en efecto, en ninguna religión auténtica, de espaldas al encuentro con la realidad toda, sino sólo a través del reconocimiento de la dignidad y profundidad de esa realidad. El que no reconoce esa dignidad y la respeta, se cierra el camino de acceso al encuentro con la Realidad última, trascendente.

Esta experiencia se vive, sin embargo, de manera distinta en las grandes religiones de Occidente y en las de Oriente. En **Oriente**, la experiencia del encuentro con la Realidad última se realiza como una **iluminación**, un estado en el cual se descubre al mismo tiempo la Realidad divina, la **verdad** de toda la realidad y la **solidaridad** de todos los seres en esa verdad. La iluminación, el encuentro religioso auténtico, es inseparable de esa solidaridad⁶. De ahí el talante marcadamente **pacífico** de las religiones orientales. En **Occidente**, en las tres grandes religiones, la Realidad última es experimentada como "persona", como un "Tú" que llama a cada uno por su nombre. Por eso, la experiencia del encuentro con ella está ligada íntimamente en las tres, pero de manera singular en el Cristianismo, a la experiencia y el respeto de la dignidad de los hombres, de los **otros**. Ni en el Judaísmo, ni en el

(5) Este es el sentido más genuino de lo "sagrado" en la experiencia religiosa. Cfr. R. OTTO, *Lo santo*, Alianza, Madrid 1980; J. MARTIN VELASCO, *Introducción*, 104 s.; J. DALMAU, *En cristiano lo sagrado es lo profano*: Misión Abierta 2 (1980) 98-103.

(6) Cfr. E. UNDERHILL, *Mysticism. A Study in the nature and development of men's spiritual consciousness*, London 1926. El aspecto que ahora nos ocupa lo subrayan expresamente: R. PANIKAR, *Misterio y revelación*, Marova, Madrid 1971, 83-110; D. T. SUZUKI, *Conferencias sobre Budismo Zen*, en: D. T. SUZUKI/E. FROMM, *Budismo Zen y Psicoanálisis*, FCE, México-Madrid 1964, 9 ss.

Islam, ni, menos aún, en el Cristianismo se puede hablar de auténtico encuentro con Dios sin pasar por el reconocimiento y el respeto de la dignidad de los otros, de todos los hombres. El acto de violencia de Caín sobre su hermano Abel, al inicio de la historia de estas grandes religiones, es un símbolo de esa profunda verdad. La violencia a la dignidad de los otros es la negación misma de la religión auténtica. Sólo en una actitud de profundo respeto y solidaridad con la dignidad de los demás, puede darse auténtica experiencia religiosa⁷.

Resulta por eso escandaloso que sea precisamente Occidente, ámbito en que han predominado las tres grandes religiones "personalistas", el que haya provocado guerras atroces y el que siga en nuestros días intentando la hegemonía del mundo con poder y violencia, e incluso en nombre de la religión misma. No se equivocan aquellos teólogos del tercer mundo que dicen: con razón Occidente ha caído en el ateísmo, porque desde el principio se afirmó a sí mismo negando a los otros, al nuevo mundo, a los pobres, a los indígenas. Su "religión" era —y es, en gran parte— sólo la careta de su idolatría⁸.

c) *La religión es anti-idolátrica*

En tercer lugar, la experiencia y el reconocimiento de la Realidad divina, cuando son auténticos, hacen ver todas las realidades de este mundo como realidades **relativas, penúltimas**. Es decir, la experiencia religiosa nos descubre que nada hay absoluto fuera de la Realidad divina. Y esta experiencia conduce a dos actitudes, al menos, que son fundamentales para hacer posible la paz.

La primera actitud es la actitud radicalmente **crítica e inconformista** frente a todos los absolutos que se quieren imponer a los hombres y que conocemos como falsos dioses o ídolos. El auténtico hombre religioso es por tanto un hombre molesto, crítico, hasta peligroso ... En todo caso, inconformista, radicalmente **anti-idolátrico** y, en este sentido, radicalmente **libre**⁹. Así han sido, en efecto, los grandes hombres religiosos de la humanidad: desde Moisés y los profetas de Israel hasta Francisco de Asís y Gandhi, pasando por Buda y Mahoma y, sobre todos, Jesús.

Esta soberana libertad de la religión frente a los ídolos de este mundo: nación, prestigio, violencia, dinero, poder, seguridad, etc. es una actitud incómoda y hasta **violenta**, pero es la **única** violencia que conduce a la paz y no a la muerte. Es la violencia que han aceptado todos los hombres religiosos de todas las religiones¹⁰, la violencia que hace temblar a los poderosos y saltar de gozo a los débiles y pequeños de este mundo.

(7) Para el Judaísmo, basta remitir a las mejores tradiciones del Antiguo Testamento. Sobre el Islam, cfr. la comprometida, pero sugerente presentación de R. GARAUDY, *Promesas del Islam*, Planeta, Barcelona 1982.

(8) Cfr. E. DUSSEL, *Filosofía ética latinoamericana*, V, Bogotá 1980, 100 s.

(9) Cfr. *IBD.*, 115 s. También J. M. GONZALEZ RUIZ, *Dios es gratuito, pero no superfluo*, Marova, Madrid 1970, 77 s.

(10) Cfr. GANDHI, *Todos los hombres son hermanos* (Textos escogidos por N. Radhakrishnan), Sigueme, Salamanca 1973.

Y la segunda actitud a la que conduce aquella experiencia religiosa es, otra vez, la actitud de **solidaridad** radical con toda la realidad que es **finita**, que no es absoluta. Si todo, en efecto, es relativo, limitado, finito, contingente, penúltimo, entonces todo es hermano de todo: la naturaleza y los hombres. No se vive con verdad la experiencia religiosa, si no es desde esta vivencia de la fraternidad o solidaridad universal. Como indicaba antes, todas las religiones, cuando son auténticas, viven de esta conciencia, aunque lo hagan de forma distinta.

La tragedia es que no se vive así y por eso muchos hombres se han visto obligados a rechazar la religión en nombre de la paz y la solidaridad entre todos los seres finitos. Entre nosotros ha descollado la protesta de E. Tierno Galván. De manera especialmente bella y coherente exigía en su ya viejo libro "¿Qué es ser agnóstico?" devolver a los hombres la conciencia de que son finitos y cultivar, desde ahí, una profunda solidaridad con toda la realidad¹¹. Pero esta actitud profundamente pacífica es, como queda dicho, justamente la que debía nacer y en la que debe realizarse la auténtica experiencia religiosa.

d) La religión es tolerante y gratuita

En cuarto lugar, la experiencia religiosa, cuando es auténtica, es reconocimiento, adoración, veneración de la Realidad última, **trascendente**, igual el nombre que le demos. Esto quiere decir que la Realidad última a la que se dirige la religión nunca puede caer en nuestras manos, nunca puede ser víctima de nuestra manipulación. Ella **desborda** siempre nuestras imágenes, nuestras representaciones, y nos desconcierta. La Realidad divina es siempre distinta a como la pensamos o la hacemos.

Las religiones **orientales** se han tomado esta gran verdad muy en serio, tan en serio que practican más el silencio que el hablar mucho de la Realidad Trascendente¹². Las religiones de **Occidente** también han tenido cuidado de no aprisionar a Dios en nuestras representaciones e imágenes, pero han caído mucho más en la tentación de tomar el nombre de Dios en vano. Y por esta razón han sido y son menos pacíficas, más violentas que las orientales.

La actitud de veneración y reconocimiento de la Realidad trascendente, siempre nueva y distinta, es, en efecto, una actitud profundamente pacífica. Porque esa actitud significa que la auténtica experiencia religiosa **relativiza** todas nuestras imágenes de Dios y nos hace así radicalmente **respetuosos** con Dios mismo —¡no tentarás al Señor, tu Dios!— y con la experiencia religiosa, la creencia o la increencia de los demás. El dejar que Dios sea Dios nos capacita para dejar que los demás sean lo que son.

(11) Cfr. E. TIERNO GALVAN, *¿Qué es ser agnóstico?*, Tecnos, Madrid 1976. También, E. MORIN, *Para salir*, o.c., 226 s.

(12) Cfr. el bello y sugerente trabajo de R. PANIKAR, *El Dios de las religiones: Misión Abierta* 5-6 (1985) 85-102.

Además, esa actitud implica que la auténtica experiencia religiosa sólo puede darse en una actitud de **gratitud** y alabanza, jamás en una actitud de dominio o de manipulación de Dios o de la realidad, de los hombres o del mundo.

e) La religión sueña con la paz universal

La experiencia religiosa vivida así, con autenticidad, es una experiencia de **salvación**, es decir, de plenitud, de felicidad, y por tanto de paz. Lo que la auténtica experiencia religiosa entiende por salvación es, en el fondo, lo mismo que ansiamos cuando queremos la auténtica paz¹³.

La experiencia religiosa vive de la convicción de que la salvación está sólo en Dios, en la Realidad divina. Lo cual quiere decir que la salvación, y por tanto la paz en su plenitud, no se dan en ninguna realidad de este mundo. Y esta convicción conduce a una doble actitud que también es fundamental para hacer posible la paz.

De una parte, la actitud que ya he comentado de resistir el engaño de los ídolos de este mundo que pretenden "salvarnos" y darnos toda la felicidad y la paz (así, el poder, la seguridad, el prestigio, la riqueza ...). Y de otra, la actitud crítica frente a todas las "pases" ya establecidas que irremediablemente se establecen al final a costa de la esperanza frustrada de los más pequeños y débiles de la tierra, de los perdedores, de las víctimas.

La auténtica búsqueda de salvación desenmascara así las **falsas paces** que se montan los grandes de este mundo y actúa como revulsivo y acicate para la esperanza y la lucha por la justicia y la paz auténticas¹⁴. En los sueños de salvación de todas las grandes religiones, especialmente del Judaísmo y del Cristianismo, están recogidos el anhelo y la esperanza de justicia y de paz de los últimos de la tierra, de los justos perseguidos, de los profetas asesinados, de todas las víctimas¹⁵. En este sentido, la búsqueda de salvación va unida íntimamente al establecimiento de la justicia y la paz. Salvarse no es sino lograr la plenitud de la vida, y ésta consiste en vivir con autenticidad la experiencia religiosa: el encuentro con la Realidad divina a través del respeto profundo, el amor y la solidaridad con toda la realidad, con los otros, especialmente con los otros "más pequeños". Para toda auténtica experiencia religiosa, la salvación de cada uno implica la salvación de los demás, la salvación de toda la realidad, y por tanto la paz. Cada religión sueña en este estado feliz de manera distinta, pero todas las religiones coinciden en que no hay salvación sin

(13) Cfr. J. MARTIN VELASCO, *Introducción*, 146s. Ver los textos recogidos por M. ELIADE, *Historia de las ideas y creencias*, t. IV, Cristiandad, Madrid 1980, 397 ss.

(14) Cfr. V. LANTERNARI, *Movimientos religiosos de libertad y salvación de los pueblos oprimidos*, Seix Barral, Barcelona 1965. Ver también, en general, los estudios recientes sobre la religión como fuente de liberación en las diferentes teologías del Tercer Mundo. Una visión crítica de este aspecto la ofrece A. FIERRO, *Sobre la religión*, Taurus, Madrid 1979, 85 ss.

(15) Esta intuición la captó y formuló con gran fuerza M. HORKHEIMER en *La nostalgia del todo Otro*, en: H. MARCUSE/M. HORKHEIMER/K. POPPER, *A la búsqueda de sentido*, Sígueme, Salamanca 1976. Pero ya antes, y con la misma penetración, en: *Kritische Theorie*, t. I, Frankfurt am Main 1968, 369 ss.

plenitud para toda la realidad, en que no hay salvación sin paz¹⁶. Y al revés, como queda dicho, las religiones, en especial el Judaísmo y el Cristianismo, no pueden aceptar una paz como auténtica si no es **paz para todos**, paz también para los pobres y humillados de la tierra. Sólo esa paz universal salva de verdad a los hombres.

Ahora bien, esa paz universal y verdadera, la salvación, no es, en último término, para ninguna religión, una conquista del esfuerzo humano, sino un **don** completamente gratuito que nos viene del encuentro con la Realidad trascendente. Por eso, la auténtica experiencia religiosa es una experiencia radicalmente pacífica: porque es la experiencia de lo más gratuito, de lo que ni se compra ni se vende, de lo que no se arrebató a nadie ni se compite por ello. La experiencia religiosa no es jamás experiencia "de lo que me pertenece", sino experiencia de lo que es de todos, porque es radicalmente Gratuito¹⁷. La actitud religiosa es diametralmente opuesta a la actitud **capitalista** y, en este sentido, profundamente solidaria y pacífica.

Esta actitud, la única que salva de verdad a los hombres, implica, además, en todas las religiones una "ruptura", un "cambio" profundo en los hombres religiosos, una transformación interior, que las religiones de Occidente llaman **conversión** y las orientales **iluminación**. No hay salvación y, por tanto, paz, si no se da esta "revolución interior". De aquí que la auténtica experiencia religiosa de a la lucha por la paz una profundidad y una sinceridad absolutas. La paz no es fruto de la astucia ni resultado de una lucha de poder, como la paz de los poderosos¹⁸. La paz es un estado nuevo al que se llega sólo a través de un cambio de corazón y de vida. Esta "muerte al hombre viejo", que cultivan todas las religiones, es la única muerte que conduce a la paz, porque es la muerte de cuanto impide llegar a ella: el poder, el dominio, la aniquilación del contrario, la soberbia, la astucia y el cinismo. Todas las religiones, en especial el Cristianismo, comparten la convicción de que no hay paz sin **perdón**, sin reconciliación con el contrario, sin fraternidad.

f) La religión llama a la paz: fraternidad

Toda experiencia religiosa auténtica, finalmente, hace brotar la **comunidad** entre los que la comparten. No hay experiencia religiosa verdadera que no se viva en comunidad, en grupo¹⁹. La razón la hemos visto ya: el encuentro con la Realidad divina descubre la "verdad" de toda la realidad, y esta verdad es su radical **Igualdad**. Y de ahí nace necesariamente el sentido profundo de solidaridad y comunión con los demás, con toda la realidad.

(16) Cfr. A. ABEL (y otros), **Religions de salut** (Annales du Centre d'Etude des Religions, 2), Bruxelles 1962.

(17) Cfr. J.M. GONZALEZ RUIZ, **Dios es gratuito**, o.c.

(18) JUAN PABLO II, **Mensaje para la jornada mundial de la paz** 1986: "La paz construida y mantenida sobre la injusticia social y el conflicto ideológico nunca podrá convertirse en una paz verdadera para el mundo".

(19) Cfr. J. WACH, **Estudio comparado de las religiones**, Paidós, Buenos Aires 1977 (capítulo V).

La actitud religiosa es, pues, en su misma raíz una actitud solidaria y comunitaria. Y por eso es radicalmente pacífica. La paz religiosa coincide con la fraternidad. Esta es el ideal de paz de todas las religiones. Pero la fraternidad no es un estado interior, sino una igualdad y comunidad **real** entre los hombres. Por eso la religión, cuando es auténtica, no soporta la división real de clases, la injusticia, la hegemonía de los poderosos, el racismo o la explotación. Y en cuanto se opone a estas divisiones violentas, es "violentamente pacífica"²⁰.

Esta es la auténtica experiencia religiosa y su "lógica" interna, su verdad, su modo de ver y vivir la realidad y la existencia. La lógica de la religión es la lógica del reconocimiento y del respeto, de la dignidad y de la solidaridad, de la pobreza y de la libertad, de la debilidad, el amor y el servicio, de la gratuidad, la alabanza y la fiesta, la lógica del perdón, de la reconciliación y la fraternidad. Y esta es la lógica de la paz.

Pero si ésta es la lógica de la religión, ¿cómo es posible que la religión haya servido y sirva aún para alimentar y bendecir la lógica diametralmente opuesta de la violencia, del poder y de la guerra?

II. LA LOGICA DE LA IDOLATRIA: LOGICA DEL PODER Y LA VIOLENCIA

1. De la religión a la idolatría: la "perversión diabólica"

La lógica de la religión, como todo lo humano y valioso, es frágil y se deja por eso manipular, manosear, hasta desfigurar por la lógica de este mundo. La desfiguración más radical, la que la niega totalmente y de la que brotan todas las demás desfiguraciones es la que P. RICOEUR ha llamado "perversión diabólica" de la religión²¹. ¿De qué se trata?

La "perversión diabólica" de la religión es la reducción de la Realidad divina, trascendente, a un objeto de nuestro dominio. Es hacer a "Dios" a nuestra imagen y según la medida de nuestros deseos. Es no respetar ni venerar lo más divino de Dios: su misterio insondable, su transcendencia, su radical novedad y sorpresa. Es, en una palabra, **no dejar a Dios ser Dios**.

Cuando esto sucede —y es la gran debilidad de todas las religiones!—, entonces el lugar de Dios es ocupado irremediamente por un "dios" a nuestra medida, por una realidad de nuestro mundo que se convierte así en algo absoluto, en un "fetiche", en un "ídolo". La gran perversión de la religión es la caída en la **idolatría**²².

(20) Cfr. GANDHI, *Todos los hombres*, o.c.

(21) Cfr. P. RICOEUR, *Freud. Una Interpretación de la cultura*, Siglo XXI, México 1970, 463 s. Ver también la original crítica de la "idolatría" de la religión tradicional, en J. L. MARION, *Dieu sans l'être*, Fayard, París 1982, 15 s.; ID., *L'Idole et la distance*, Grasset, París 1977, 17 s.

(22) Cfr. E. DUSSEL, *Filosofía ética*, 105 ss. Esta intuición se ha hecho ahora común en la crítica a la religión. Cfr., por ejemplo, las sugestivas páginas de J. I. GONZALEZ FAUS, *En Dios solo se puede creer. Creer solo se puede en Dios*, Sal Terrae, Santander 1986.

La idolatría, no el ateísmo, es la negación radical de la religión, lo verdaderamente "diabólico", lo que disgrega y violenta, lo que destruye lo humano y, consiguientemente, lo que convierte a la lógica de la religión, que es lógica de paz, en una lógica de la violencia, del poder y de la muerte. Y al revés, la sorprendente y escandalosa relación de la religión con la violencia, el poder y la muerte no puede explicarse si no es como una auténtica "perversión diabólica" de la genuina verdad de la religión.

Veamos algunos rasgos o momentos más frecuentes y graves de esta perversión.

2. La lógica de la idolatría

a) *El ídolo violenta y profana la realidad*

Para la auténtica experiencia religiosa, lo **sagrado** es aquella dimensión profunda e inmanipulable de toda la realidad, que suscita nuestra veneración y respeto. La actitud idolátrica convierte esa dimensión en una zona aparte de la realidad, en un conjunto de objetos, lugares y personas separados, que forman el "mundo sagrado". La actitud idolátrica divide así violentamente la realidad en sagrada y profana. Y entonces lo sagrado se convierte en "fetiche" al que se sacrifica lo profano.

Esta perversión diabólica de la experiencia de lo sagrado ha alimentado en las religiones, en todas, una actitud "anormal", violenta frente a la realidad. Una actitud que, en el fondo, ha **profanado** la realidad, no reconociendo su valor, su dignidad, su carácter sagrado. En nombre del sagrado-fetiche se ha desvalorizado lo profano y se ha sometido al dominio del hombre, o se ha descuidado su atención, su respeto. Así se ha llegado, por ejemplo, a la explotación violenta de la naturaleza a costa de la exaltación del hombre, en Occidente. En Oriente, aquella actitud conduce, más bien, a la pasividad e indiferencia²³.

B) *El ídolo se alimenta de sangre*

La actitud de respeto y solidaridad con toda la realidad, en especial con los hombres, es, según vimos, condición indispensable para la auténtica experiencia religiosa. La actitud idolátrica, al contrario, se da de espaldas a la dignidad de la realidad y de los demás. La actitud idolátrica no vive de la Realidad divina que lleva a la comunión, a la solidaridad, sino del sagrado-fetiche que es absorbente y celoso, que divide y excluye.

(23) La acusación de dominio indiscriminado y violento de la naturaleza se dirige sobre todo al Judaísmo-Cristianismo, religiones proféticas, mientras que las religiones místico-orientales mantienen una actitud más contemplativa, menos pragmática, frente a la realidad. Hasta ahí llegan las raíces de la ambigüedad del desarrollo occidental frente al subdesarrollo oriental y meridional.

Todas las religiones han cedido a esta lógica violenta del fetiche, separando violentamente el culto de la vida y sacrificando la vida y los hombres al culto del fetiche. Los "sacrificios", que en la religión auténtica no son actos violentos, sino actos de consagración, de solidaridad de toda la realidad y de los hombres con la Realidad divina, se han convertido, a causa de la perversión diabólica, en una auténtica historia violenta de las religiones²⁴.

La evolución de las religiones ha ido superando esa carga violenta, y ellas mismas, sobre todo el Judaísmo y Jesús, han protestado proféticamente contra ella. Pero la lógica violenta del fetiche sigue actuando, aun sin sacrificios sangrientos. Es la lógica violenta, por ejemplo, del culto farisaico que vive del desprecio de los demás. Es la lógica violenta de los lavados de cerebro con los que religiones y sectas aprisionan hoy a sus adictos. Es la lógica violenta que justifica todos los "sacrificios" actuales, religiosos y no religiosos, de personas en aras del sagrado-fetiche o de otras "razones sagradas" ... Y es la lógica violenta que está avivando en nuestros días las actitudes fundamentalistas, fanáticas, en las religiones y, sobre todo, en las sectas, posturas que viven de la negación, la exclusión y la condena de los demás.

Esta lógica violenta ha sido y es la lógica de las religiones **dominantes** (que son, como muy acertadamente dijo K. Marx, las religiones de los que dominan). Fue, por ejemplo, la lógica de las religiones de Occidente, sobre todo del Islam y del Cristianismo, conquistando el mundo, el Oriente o el Nuevo Mundo. Y es la lógica del fetiche capitalista que se siente tanto más "religioso" cuanto más oprime a sus enemigos, es decir, a sus víctimas. El Occidente dominante no ha dejado de creer, porque posiblemente no ha creído de verdad nunca desde que impuso su hegemonía sobre los pueblos. Occidente no es ateo, sino **idólatra**, no cree en Dios, sino en el ídolo que legitima su violencia sobre los pueblos. Por eso ve con buenos ojos y apoya el tan cacareado "retorno de lo sagrado", la vuelta a la religión en nuestra sociedad aburrida y falta de sentido²⁵. Este retorno de la religión tiene más de idolátrico que de auténtica experiencia religiosa. No es símbolo de una actitud solidaria y pacífica de la humanidad entre sí y con la realidad, sino más bien síntoma de un mundo que no se quiere más que a sí mismo²⁶.

c) El ídolo bendice el statu quo y la violencia

La auténtica experiencia religiosa es, según vimos, radicalmente inconformista, antiidolátrica, crítica y libre frente a los absolutos que se imponen sobre los hombres

(24) Cfr. G. WIDENGREN, *Fenomenología de la religión*, Cristiandad, Madrid 1976, 257 s. Una crítica dura, pero acertada, aunque parcial, de la "violencia sacrificial", se encuentra en M. DIEGUEZ, *L'Idole Monothéiste*, PUF, París 1981.

(25) Es acertado, por eso, el juicio del sociólogo J. ESTRUCH, cuando afirma que en Occidente, en España en concreto, no domina propiamente la increencia, como piensan muchos y temen otros, sino más bien la demasiada creencia, la "credulidad", es decir, la idolatría: *Análisis sociológico de la irreligión*: Iglesia Viva 118 (1985) 319 s.

(26) Cfr. La crítica acertada a la religión burguesa por parte de J. B. METZ, *Más allá de la religión burguesa*, Sígueme, Salamanca 1982.

y los subyugan. La caída en la idolatría pervierte totalmente esta actitud y convierte a la religión en uno de los medios más poderosos y eficaces de legitimar el statu quo, la realidad dominante, es decir, el poder. La perversión diabólica convierte a la religión de protesta en ideología, en bendición de los ídolos de este mundo.

Esta gran debilidad de todas las religiones fue desenmascarada por los críticos de la religión. La religión, como ideología, consagra en todo lugar la "paz dominante", cuyas víctimas son siempre los pobres y oprimidos. Por eso, curiosamente, es ella también, la religión ideológica, la que ataca y condena como violenta la lucha de los pobres y oprimidos por la justicia y la paz²⁷.

Esta función ideológica la ha ejercido la religión de manera especialmente diabólica legitimando la violencia misma. La bendición de la **guerra**, de la **tortura** y la **muerte** en nombre de lo sagrado es claramente idolátrica, una auténtica perversión diabólica de la experiencia religiosa, que reduce la Realidad divina a un fetiche sagrado²⁸. Pero, con ser tan diabólica, esta perversión es una de las que más acechan a la religión, porque la violencia tiende a hacerse sagrada para poder autojustificarse. La violencia en efecto, rompe los límites de lo humano, excede nuestros derechos y necesita, por eso, una aprobación de lo alto. El recurso a la religión para bendecir la guerra y hacerla "santa" o, al menos, "justa" es una obra satánica, pero no debe extrañarnos. Los grandes de este mundo, los verdaderamente violentos, saben lo que se hacen. Lo terrible es la facilidad con la que la religión cede a esta lógica mortal del fetiche²⁹.

d) El ídolo sacraliza el poder

La auténtica experiencia religiosa vive de la radical Novedad de la Realidad divina. "Dios" desborda todas nuestras imágenes de El, está más allá de todos nuestros sueños y palabras. La actitud idolátrica, al contrario, convierte esta radical novedad de Dios en grandeza y poder que rebasan, sí, al hombre, pero que rebajan a Dios, de nuevo, a un fetiche, porque son siempre la grandeza y el poder al modo humano. La actitud idolátrica exalta el poder de Dios, pero en el fondo el Dios Todopoderoso no es sino el poder humano convertido en fetiche, en ídolo.

(27) Este conflicto ideológico está a la base de todas las polémicas que se suscitan entre la religión establecida y las religiones mesiánicas y sus diferentes valoraciones de la violencia y la paz. Ver al respecto: A. FIERRO, *Sobre la religión*, o.c. 53-108. Un ejemplo muy claro y actual de este tipo de polémicas es la existencia entre la Iglesia Católica Oficial y los teólogos de la liberación. Comparar, por ejemplo, la «Instrucción sobre algunos aspectos de la "teología de la liberación"» (VIII, 5-9) y G. GUTIERREZ, *Teología y ciencias sociales*: Páginas 63/64 (1984) 10-14.

(28) Esta estrecha y estraña relación entre religión y violencia es un dato constante en la sociología de la religión, desde su pionero E. DURKHEIM, *Formes élémentaires de la vie religieuse*, PUF, París 1968. Recientemente ha sido investigada, aunque de forma original, por R. GIRARD, *La violencia y lo sagrado*, Anagrama, Barcelona 1983. Su postura la ha matizado últimamente en *Des choses cachées depuis la fondation du monde*, París 1978. (Trad. españ. Salamanca 1982). Cfr. el estudio de L. MALDONADO, *La violencia de lo sagrado*, Sígueme, Salamanca 1974.

(29) Cfr. R. GIRARD, *La violencia*, o.c.

La religión está continuamente amenazada por esta perversión diabólica, pues, al igual que con la violencia, se da una sorprendente cercanía entre **religión y poder**³⁰. La religión idolátrica ha sido, por eso, una amante muy solicitada por los poderosos de este mundo. Y como esa ha sido la "religión dominante", ella es la que ha bendecido, como indicaba antes, la paz de los vencedores a costa de los vencidos.

Las religiones de **Occidente** tienen aquí una tremenda responsabilidad para con las víctimas de este mundo, del poder. El **Monoteísmo**, común a las tres grandes religiones de Occidente, fue en su origen la protesta contra los ídolos de los imperios y las falsas religiones dominantes. Pero esta fe en un sólo y único Dios se ha convertido, tanto en el Judaísmo como en el Islam, e incluso en el Cristianismo, en una actitud idolátrica que ha bendecido el poder de turno en nombre de ese Dios³¹. Las religiones de **Oriente** han protestado siempre, y con razón, contra esta perversión diabólica de las religiones occidentales que ha alimentado su hegemonía violenta sobre el mundo³².

Y esta misma actitud idolátrica es la que está a la base del **fanatismo** que ha manchado tan amplia y trágicamente la historia de las religiones de Occidente y que hoy brota de nuevo en algunas de ellas y sobre todo en las sectas modernas³³. Cuando la Realidad divina se convierte en fetiche, entonces la verdad se reduce a **nuestra** verdad, es decir, también a un fetiche, a propiedad privada. Y entonces la verdad de los otros se transforma en error y los otros en herejes y enemigos. La lógica del fetiche es siempre violenta, excluyente, radicalmente insolidaria y antipacífica.

Esta lógica es la misma que se esconde en otra práctica radicalmente antipacífica que, por cierto, inspira la actual política de disuasión, la locura de los bloques. Es la práctica conocida del "chivo expiatorio". El fanatismo de la propia verdad convertida en fetiche convierte al otro, al enemigo, en responsable de todos los

(30) Cfr. L. de HEUSCH (Ed.), *Le pouvoir et le sacré*, Bruxelles 1962; LL. DUCH, *La experiencia*, o.c. 99 s.

(31) La discusión de la función ideológica del Monoteísmo, en cuanto legitimador del poder, la abrió E. PETERSON, en su ya clásico estudio *El monoteísmo como problema político*, Cfr. *Tratados Teológicos*, Madrid, 1966). Y la ha reactualizado J. MOTMANN, contraponiendo a esa función ideológica del monoteísmo la función crítico-liberadora del Dios Trinidad. Ver sobre todo: *El Dios crucificado*, Sígueme, Salamanca 1975. Y en esta misma línea se expresa hoy lo mejor de la teología cristiana. Ver, por ejemplo: Y. CONGAR, *Le monothéisme politique et le Dieu Trinité*: NRTH 103 (1981) 3-17. CH. DUQUOC, *Dios diferente*. Sígueme, Salamanca 1978 (con exigencias concretas de un nuevo talante ecuménico, tolerante y pacífico, del Cristianismo frente a las demás religiones). La revista *Concilium* ha dedicado un número monográfico a este tema, incluyendo la amplia perspectiva de las religiones monoteístas, en general. Cfr. *Concilium* 197 (1985).

(32) Cfr. la obra colectiva *Las grandes religiones enjuician al Cristianismo*, Mensajero, Bilbao 1971. También el artículo ya citado de R. PANIKKAR, *El Dios de las religiones*. La discusión ha afectado también al diálogo judeo-cristiano. Ver P. LAPIDE-J. MOLTMANN, *Jüdischer Monotheismus - Christliche Trinitätslehre*, Kaiser, München 1979. Cfr. la original visión de R. PANIKKAR, *The Trinity and the Religious Experience of Man*, New York 1973.

(33) Cfr. la obra, ya clásica, de J. LECLER, *Histoire de la Tolerance*, I y II, Paris 1954. Ver también los estudios recogidos en el volumen *Zur Geschichte der Toleranz und Religionsfreiheit*, Darnstadt 1977. Sobre el renacimiento del integrista y fanatismo en la actualidad, acaba de aparecer un número monográfico de la revista "Social Compass" XXXII-4 (1985).

males. De esta forma, se hace dirigir la violencia de la sociedad hacia ese enemigo y, al mismo tiempo, se justifica con ello la propia violencia. El "chivo" debe morir, y la violencia adquiere así, una vez más, carácter sagrado³⁴. De esta forma se han justificado, como sabemos, todas las "guerras santas", todas las "cruzadas" de la historia. Y así funciona hoy, como también sabemos, la política de bloques. En los dos casos, la práctica es antipacífica y, en este sentido, diabólica. Pero la actitud de Occidente es doblemente diabólica porque lleva a cabo esa práctica en nombre de la religión y sus valores.

e) *El ídolo solo salva a los vencedores*

La salvación es el gran anhelo que anima y sostiene todas las religiones. Pero es también la promesa que provoca la fascinación de los ídolos. Todos los fetiches prometen felicidad, liberación, salvación. Nuestro mundo es un inmenso supermercado de ofertas de salvación. La diferencia decisiva entre esas ofertas y la salvación religiosa, cuando es auténtica, está en que todas esas ofertas afirman: la salvación es **esto o aquello** ..., y hacen de una realidad de nuestro mundo, de nuevo, un fetiche. Y el fetiche, lo sabemos bien, termina siempre sacrificado, violentando a las personas.

Las religiones han caído con demasiada frecuencia en esta oferta idolátrica de salvación. De otro modo no se explica la violencia que han acarreado y aún acarrear esas ofertas. Hasta el punto de crear la sospecha que formulaba un crítico de la religión: "Toda forma de salvación exige una guillotina"³⁵.

Pero toda forma de salvación que implique violencia es una perversión diabólica de la auténtica oferta religiosa de salvación que, según vimos, coincide con la plenitud y la paz de toda la realidad, también de los pequeños y olvidados de la tierra a los que no llega ninguna paz ni salvación humanas. Las ofertas idolátricas de salvación coinciden justamente con la "paz de los vencedores", con el reino de los fuertes³⁶.

Esas ofertas diabólicas de salvación producen, en efecto, división y competencia. El fetiche no se da, se conquista (poder, prestigio, dominio, seguridad ...). Y no perdona a los débiles. El que perdona y no compete, ése no se salva. Por eso, las técnicas para alcanzar la salvación (idolátrica) no hacen a los hombres "hombres nuevos", sino "hombres fuertes", robustos, fríos, incapaces de sentir el dolor de los demás, de inmutarse ante la injusticia o de conmoverse ante una flor. La "salvación diabólica" es la "paz tecnocrática" que se impone en esta sociedad de finales de siglo y que ya sólo le falta un paso para conducir a la "paz total" que reinará el día después de la destrucción atómica de la humanidad.

(34) Cfr. la obra ya citada de R. GIRARD, *La violencia*, 346 s.

(35) E. CIORAN. Cfr. E. MORIN, *Para salir del siglo XX*, 266 s.

(36) Cfr. J. M. MARDONES, *Sociedad moderna y Cristianismo*, DDB, Bilbao 1985.

f) *El ídolo es diabólico*

La experiencia religiosa auténtica conduce, como vimos, a la paz que es la realización de la solidaridad y la fraternidad entre los hombres y con toda la realidad. La conversión diabólica de la religión conduce, como acabamos de ver, a la división, a la violencia, a la destrucción. **Diabólico** significa justamente eso: lo que divide, lo que disgrega y así destroza y mata. La conversión diabólica es por eso, con razón, la que pervierte a la religión de fuente y fundamento de la paz en cómplice de la violencia y la muerte.

Esta es la perversión diabólica de la experiencia religiosa, la actitud idolátrica y su lógica interna. Una lógica de la violencia, del poder, del dominio, de la esclavitud del fetiche, de la capitulación y la sumisión, lógica del capital, de la rentabilidad y la eficacia, lógica de la competencia, de la rivalidad, de la dureza y la frialdad. En una palabra: es la lógica de los más fuertes, de los vencedores. Y es la lógica que amenaza hoy gravemente la paz.

III. LOGICA DE LA DEBILIDAD FRENTE A LOGICA DEL PODER: EVANGELIO, RAZON Y PAZ

1. La lógica de la religión y las razones del poder

El análisis que he hecho de estas dos lógicas no debe conducirnos a error. Esas dos lógicas no se encuentran al estado puro, una aquí, la otra allí. Lo humano es siempre complejo, y cuando no se respeta esta complejidad se cae con facilidad en el fanatismo. El ejemplo de las posturas fundamentalistas "a lo Jomeini", que quieren separar radicalmente la lógica de la religión de la lógica de la realidad, nos muestra la violencia a la que conduce semejante postura.

La lógica de la religión se da dentro de o, en todo caso, entremezclada con la lógica de la idolatría en la vida y en la historia. La experiencia religiosa, veámos, no es una experiencia "aparte" de la experiencia de la vida, sino una experiencia total, global, integral, profunda de la vida, un modo de entender la vida y vivirla. Por eso, la religión se da al interior de la vida, en medio de la realidad humana, social, económica, política e histórica. Y su lógica es por consiguiente siempre una lógica con "las manos manchadas".

Pero si esto es así, entonces una tarea fundamental para hacer posible la paz es el estar muy atentos para **discernir** en la religión —en la nuestra y en la de los demás— lo que hay de idolatría y, por tanto, de lógica de la violencia: intolerancia, fanatismo, revancha o poder. La tarea de la paz no es auténtica sin este esfuerzo de **análisis y discernimiento** de la propia religión y de la propia idolatría.

En segundo lugar, dado que las dos lógicas están entremezcladas en la vida real, debemos rechazar la postura simplista de los **fundamentalistas**, que son falsos

pacifistas. La religión no vive en el cielo. De la religión no se desprende un modelo concreto y acabado de paz. No hay ninguna "paz religiosa" en este sentido, y cuando se impone una, se hace de ella un fetiche. La religión, por tanto, no nos ahorra el esfuerzo por analizar la complejidad de la realidad y discernir en ella lo que corresponde a la lógica de la paz de lo que está impulsado por la lógica violenta del fetiche. Sin este esfuerzo de **discernimiento** y **razón**, no es posible descubrir las condiciones reales que hacen posible la paz.

Finalmente, la lógica de la religión es, según vimos, una lógica de paz sólo si se vive en su integridad. La lógica de la religión implica todo un modo de vida, un estilo de vivir contrario al modo de vida que sigue la lógica del ídolo.

Es, pues, necesario conjugar **religión** y **razón**, mística y política. Pero con la misma claridad y contundencia hay que rechazar la postura de aquéllos —los poderosos de turno— que identifican la lógica de la religión con la irracionalidad, el sentimiento o la ingenuidad, y reducen la razón a su propia lógica, que es, en gran medida, la lógica del fetiche, del poder, de la violencia. Apostar por una de las dos lógicas es apostar no entre razón e irracionalidad, sino entre **un modelo** de razón y vida humana y **otro modelo**. Y el hombre religioso sostiene firmemente que sólo el modelo de la lógica de la religión, tal y como aquí ha quedado esbozado, conduce a la paz. (Otro problema es luego saber dónde se encuentra ese modelo, si en el mundo religioso o fuera de él).

2. La lógica del evangelio y la paz auténtica

Todo cuanto se ha dicho de la lógica de la religión como lógica de la paz se puede y se debe decir de **toda** religión auténtica, no solo del Cristianismo. Todas las religiones, en la medida en que viven y realizan esa experiencia de fondo, alimentan la lógica de la paz y contribuyen a ella. Hacer del Cristianismo una excepción frente a las otras religiones, ha sido siempre y lo es hoy día más aún un "acto violento" frente a la verdad de las otras religiones³⁷. Y la paz, hoy más que nunca, exige un diálogo universal, una comunión de todos en la verdad que conduce a ella, a la paz.

Sin embargo, tampoco podemos dejar de afirmar y, sobre todo, de realizar y potenciar lo propio y específico de nuestra experiencia religiosa, de nuestra fe cristiana, del evangelio y su aportación a la paz. Pues bien, pienso que lo propio y específico de la experiencia cristiana es que lo que hemos llamado lógica de la religión tiene un nombre propio para nosotros: **Jesús**. Jesús, él mismo y su vida y palabra son para nosotros la misma lógica de la paz, la paz misma. Y Jesús pone acentos nuevos a esa lógica, haciéndola más radical y así más pacífica. Es la lógica de las **Bienaventuranzas** que pone en cuestión radicalmente la lógica de este mundo, la lógica del poder y la violencia. Es, por ello, como toda auténtica lógica de la religión, una lógica "violenta", pero con la única violencia que conduce a la paz: la

(37) Se sigue afirmando, en este sentido, con demasiada facilidad y con poco respeto hacia las otras religiones, que el Cristianismo no es religión, identificando, naturalmente, religión con sus mediaciones externas o incluso con sus perversiones. Este discurso fácil no hace ningún bien a la paz.

violencia de la verdad, de la justicia, de la fraternidad. Según esta lógica, el criterio verdadero de la paz es el cumplimiento de la esperanza de los pobres y olvidados de esta tierra, sobre cuyas espaldas se construye la "paz", el "equilibrio" de los poderosos, de los vencedores de todos los tiempos. La auténtica paz es la realización de la justicia y la fraternidad universales. Sólo esa es la "paz de Dios" — la "paz religiosa"—, porque Dios no es poder, sino Padre, no es Dios de los señores, sino Dios de los pobres, porque Dios es Comunión, Amor, Trinidad³⁸.

3. ¿Qué lógica conduce a la paz? Los pobres tienen la palabra

Si la lógica de la religión es ya para los bienpensantes de este mundo una lógica sin razón, no es extraño que la lógica del evangelio les parezca una verdadera **locura**, una **utopía peligrosa**. A finales del siglo pasado decía un conocido político imperialista: "Con las Bienaventuranzas no se puede hacer política"³⁹. Y tenía razón. Desde luego, no se puede hacer política **imperialista** (pero esta distinción no la hizo él, naturalmente). Ahora bien, las dos guerras mundiales —por lo menos— han mostrado ya con bastante contundencia adonde conduce una política contraria a las Bienaventuranzas.

Está claro que de la locura del evangelio no podemos deducir inmediatamente una paz concreta. Aquí vale lo dicho antes sobre la religión en general. La locura del evangelio no nos ahorra el esfuerzo de análisis y de discernimiento de las condiciones reales que hacen posible la paz⁴⁰. Pero lo que no es posible aceptar es que para ser "racionales" tengamos que dejar la lógica del evangelio para los días de fiesta, porque no vale para los días de trabajo y seriedad en los que se decide la paz de este mundo. Aquí tiene un límite el legítimo pluralismo. La lógica que anima todo el aparato, todo el sistema de poderes y seguridades y, con ello, la política armamentista es, sin duda alguna, una lógica **profundamente antievangélica**. Si ser racionales es aceptar esta lógica, entonces es preferible ser irracionales. (¡Naturalmente, habría que discutir largamente quién tiene derecho a fijar o establecer qué es la razón!).

Pero los grandes de este mundo no tienen motivo para inquietarse demasiado. La locura del evangelio, como la lógica de la religión en general, es una **frágil caña** frente a la "consistencia" y "racionalidad" de los misiles. Y sin embargo, a esa frágil caña sí deberían temerla, y la temen allí donde mueve las aguas y suscita la pasión de la justicia. Pero lo triste y trágico es que aquí, en el mundo dominante, donde se decide la paz de los vencedores, la miseria de los pueblos oprimidos y, poco a poco, el desastre universal, que aquí, repito, la religión, en general, y el Cristianismo en

(38) Ver los estudios ya citados de J. MOLTMANN, CH. DUQUOC, R. PANIKKAR y J. I. GONZALEZ FAUS. Sobre la lógica de las Bienaventuranzas como lógica de la paz, cfr. el sugerente comentario judeo-cristiano de P. LAPIDE/C.F. von WEIZSÄCKER, *Die Seligpreisungen. Ein Glaubensgespräch*, Kösel, München 1980.

(39) La frase es de Bismarck.

(40) El peligro de fundamentalismo es analizado y criticado con lucidez por J. M. MARDONES, *Sociedad moderna*, o.c., 157 s., 171 ss.

particular tampoco creen demasiado, salvo contadas excepciones, en la fuerza de esa frágil caña y han cubierto ya a la lógica del evangelio y de la religión con el manto del realismo y el pragmatismo de los cuerdos de este mundo. No hay peligro, por desgracia, de que cunda entre las grandes religiones **establecidas** de Occidente la **mística profética** del evangelio y de la religión, que es la mística del desarme, de la justicia y la solidaridad con los pobres de la tierra —la mística de la paz. La religión establecida no tiene ni ganas ni fuerzas para salir de su, consciente o inconsciente, perversión diabólica, de su "aburguesamiento"⁴¹. Sólo la religión **profética** de los **pobres** de la tierra y de los que se solidarizan con ellos salva hoy la verdad de la religión: la lógica y la mística de la paz.

Juan José Sánchez

(41) Cfr. J. B. METZ, *Más allá de la religión burguesa*, 11 ss.